

## **SOBRE PSICOLOGOS, MAGOS Y ERUDITOS**

*Por Miriama Widakowich-Weyland*

Desde hace unos cincuenta años el mundo occidental asiste a una proliferación asombrosa de escuelas terapéuticas, que prometen al hombre inseguro, confundido y desesperado, la fuerza y el equilibrio necesarios para afrontar los riesgos de un mundo cada vez más amenazante.

Por otra parte, ni siquiera en el turbulento Medioevo circularon como en nuestros días tantas creencias mágicas y pseudoreligiosas, presuntamente capaces de otorgar a sus adherentes una sabiduría e iluminación tales que, transformados por su virtud en una suerte de semidioses, estarían en condiciones de dominar los más peligrosos eventos.

Las causas sociales y políticas determinantes de los hechos que señalamos, son harto conocidas: la ilusión de vivir en un mundo estable y seguro no sobrevivió a las dos grandes guerras, al trágico derrumbe subsiguiente se sumó el temor constante de un nuevo estallido que arrasaría con nuestra cultura, y los malestares derivados de una técnica que, si bien remedió algunos padecimientos humanos en una medida antes ignorada, acarreó otros problemas y conflictos que siguen sin resolver. Ante el avance arrollador de la técnica quedaron rezagadas ciertas necesidades espirituales que, faltas de apoyo y alimento, se agostaron hasta morir en una posición escéptica y agnóstica, cuando no se refugiaron en determinadas ideologías políticas o se aferraron a una desesperada fe en los recursos de orden mágico.

En tren de investigar las razones que explican la anómala proliferación de corrientes psicoterapéuticas, sectas y tendencias oculistas en los últimos tiempos, debemos remontarnos a las primeras

teorías psicoanalíticas y a la parapsicología, creadas a principios del siglo, así como a la difusión de los arcanos conocimientos filosóficos de la India que, luego de alcanzar un temprano auge en la filosofía romántica alemana, sufrieron diversas deformaciones desde fines del siglo pasado.

En la intrincada maraña de lo que suele englobarse de manera asaz confusa bajo los nombres de “esoterismo”, psicoterapias y “ocultismo”, se entrelazan innumerables hilos de diferente calidad y consistencia, que deben analizarse cuidadosamente a fin de distinguir lo verdadero de lo falso, lo serio de lo grotesco, y no confundir la honrada búsqueda de lo divino, con la superchería y el charlatanismo. Se trata, en suma, de establecer un claro deslinde entre las verdades proclamadas por las grandes religiones positivas y las encontradas por las ciencias psicológicas, y sus deformaciones extravagantes y burdas que, difundidas con un impresionante despliegue de propaganda, conspiran contra los altos valores culturales de la humanidad.

Las doctrinas psicoanalíticas que demostraron la existencia de un mundo inconsciente, irracional y mágico, adquirieron carta de ciudadanía científica en los países de habla germánica a comienzos del siglo actual, pero el germen de sus premisas básicas hay que buscarlo dos mil quinientos años antes, cuando Buddha puso en movimiento la “Rueda de la Enseñanza”. En efecto, el Maestro fue el primero en preguntarse: “¿Quién soy yo?”, y el primero en referirse a percepciones, emociones, voliciones y secretos sentimientos de culpa que escapan a la auto-observación y dispersan al hombre, sumiéndolo en la confusión y haciendo que piense y obre como en sueños. Adquirir la “infinitud de la conciencia”, en la cual se integra todo el saber que el hombre tiene de sí mismo y del mundo, es condición imprescindible para eliminar el mal heredado de anteriores reencarnaciones, y constituye el nivel superior en la escala de la evolución espiritual. Largos milenarios alzan una muralla insalvable entre las doctrinas psicoanalíticas de Freud y de Jung por un lado, y la sabiduría cósmica de Buddha por el otro: sin embargo corresponde al Iluminado la prioridad en el descubrimiento del “mundo del no saber”, por donde el profano vaga doliente, como una especie de sonámbulo, porque ignora el origen de sus sufrimientos.

Sabido es que, a pesar de las duras críticas de que fue objeto, la doctrina psicoanalítica, definida alguna vez como “un materia-

lismo que se esconde, ora tras un modo irracional, ora tras un velo místico"<sup>1</sup>, tardó apenas unos pocos decenios en extenderse por todo el orbe occidental, hasta el punto de que sus categorías básicas conquistaron la psiquiatría clásica, invadieron el arte y la literatura, y pronto se incorporaron al saber popular.

El maestro vienes, severo, rígido e imbuido del racionalismo típico de su tiempo, había declarado que "lo inconsciente debe volverse consciente"; dicho en otros términos, que lo irracional debe hacerse racional. Diferente criterio adoptó en este punto Jung, el más fiel de sus discípulos quien, apartándose de la posición ortodoxa, atribuyó un valor en sí al factor irracional que descubría en los niveles más profundos del inconsciente.

Freud, en definitiva, trató de ajustar la personalidad a un comportamiento "normal", o sea, adaptado a la sociedad, adaptación que dependía siempre de una vida sexual normal, correctamente sublimada en un trabajo fecundo. Jung en cambio creó una doctrina propia, mezclando a ciertas verdades extraídas de la filosofía oriental, de la alquimia y de diversas mitologías, sus aportes personales, principalmente la teoría de los arquetipos, suerte de "enigmas cósmicos", extraños sincronismos entre sueños y realidades, premoniciones y clarividencia, para acabar pregonando la supremacía de lo que denominaba "la verdad psicológica", sobre la verdad científica. Así en *Psicología y Religión* leemos este singular y significativo testimonio: "... en sí misma cualquier teoría científica, por sutil que sea, tiene según creo menos valor desde el punto de vista de la verdad psicológica que el dogma religioso, por la sencilla razón de que una teoría es, por fuerza, altamente abstracta y exclusivamente racional, mientras que el dogma expresa, a través de la imagen, una entidad irracional"<sup>2</sup>.

No falta razón al siguiente comentario de Gardner Murphy: "El método de Jung consiste en argüir que porque A se parece algo a B, y porque B puede, en ciertas circunstancias, tener algo de C, y como en alguna ocasión se ha sospechado que C estaba relacionado con D, la conclusión de todo ello es, en la más acabada for-

<sup>1</sup> Osvald Bumke. *El psicoanálisis y sus satélites*. Ed. Ayma. Barcelona. 1944. pág. 21.

<sup>2</sup> J. A. C. Brown. *Freud y los postfreudianos*. Buenos Aires. Compañía General Fabril. 1963. pág. 57.

ma lógica, que A es igual a D. En cuanto lenguaje de la *ciencia* esto es ininteligible".<sup>3</sup>

Las ideas expuestas por Jung tuvieron consecuencias que acaso ni él mismo alcanzó a prever. En efecto: con ellas demostró, de seguro sin proponérselo, que era posible crear una doctrina psicoterapéutica con iguales pretensiones de validez científica que la freudiana. La científicidad exigida a una y a otra quedaba verificada con dos pruebas irrefutables: la exploración empírica del inconsciente y la cura de los pacientes.

A partir de entonces, y como era presumible que ocurriría, todo el que se consideraba suficientemente autorizado para elaborar una doctrina y un método terapéutico original, podía hacerlo y practicarlo sin mayores miramientos ya que, en resumidas cuentas, se trataba sólo de aplicar un procedimiento selectivo: se recogía de labios del paciente todo el material susceptible de amoldarse a la teoría, y se descartaba el resto.

Así, a las defeciones iniciales de Jung y Adler, sucedieron numerosos cismas, y las doctrinas y métodos nuevos se multiplicaron y se siguen multiplicando en tal medida, que hoy ni una obra tan densa como la *Theories of Psychology* de Ann F. Neel puede registrar sino las más importantes.

Ahora bien: las doctrinas psicoterapéuticas clásicas eran por cierto discutibles, pero sus autores contaban con una sólida preparación científica, procedían de buena fe y manejaban con rigor metódico los procedimientos empíricos. Ni Freud, ni Jung, ni Adler pretendieron en ningún momento poseer panaceas infalibles, ni haber descubierto el secreto de los males que aquejan a la humanidad, ni haber creado una antropología mágica, o fundado una religión que, propagada desde centros bien organizados, reclutaba más y más creyentes. Tales ambiciones y alardes quedaron reservados para Helena Petrovna Blavatsky cuya vida transcurrió a fines del siglo XIX y coincidió con el poderoso influjo de las *Upanishads*, obra traducida del persa por Anquetil Duperron en 1802. No deja de sorprender que algunos historiadores adjudiquen a Blavatsky el mérito de haber rescatado del olvido las antiguas tradiciones, haciendo de ellas una filosofía vital, que contribuyó notablemente

<sup>3</sup> *Ibid.* pág. 59

al pensamiento contemporáneo<sup>4</sup>. Tal aseveración significa descubrir la influencia extraordinaria que ejercieron los escritos hindúes sobre los filósofos románticos alemanes de los siglos XVIII y XIX.

Ya Schelling las había estudiado con el respeto y la erudición que merece la profunda sabiduría de esos textos, y en un sesudo trabajo las vinculó con la teoría de la creación expuesta por Boehme. También Schopenhauer admiró las *Upanishads* y reconoció la impronta que dejaron en su propio filosofar. No cabe duda de que la problemática fundamental de Schopenhauer está centrada en su concepción original de la voluntad, que no concibe la acción como efecto de una deliberación previa, sino como una fuerza ciega, que determina al hombre a obrar como movido por un automatismo descontrolado. Dicho automatismo es ansiedad, y como tal se parece a la “*sed*” que Buddha describe como el origen de la desgracia humana. “No importa qué es lo que queremos —dice el filósofo— la desgracia reside en el hecho de que siempre queremos algo, sin lograr nunca satisfacción. Por eso la vida es dolor”<sup>5</sup>.

Poco después de haberse traducido la *Bhagavadgītā*, Peter Hebbel en una predica titulada “¿Hemos vivido ya alguna vez?” enuncia tímidamente y en forma interrogativa, por respeto a la severa censura de la religión protestante, sus motivos para creer en la reencarnación<sup>6</sup>.

Johann G. Herder aceptaba, hacia la misma época, la trasmigración de las almas; y a pesar de sostener que la religión hindú es el opio del pueblo (expresión que Marx adoptará más adelante adaptándola a sus fines) recibe de ella la inspiración para una teoría a la que dará forma en su ensayo *El País de las Almas*<sup>7</sup>.

Asimismo Lessing, Goethe y Schiller acogieron igualmente

<sup>4</sup> Theodore Roszak. *Unfinished Animal*. Londres. Ed. Faber and Faber. 1973. pág. 119

<sup>5</sup> Schopenhauer, *Sämtliche Werke*. Publ. Grisenbach. Leipzig. S. F. T. II. pág. 265.

<sup>6</sup> Citado por Ernst Benz. “Die Reinkarnationslehre in Dichtung und Philosophie” en *Zeitschrift für Religion und Geistesgeschichte*. Colonia. Ed. J. Brill. Año 1957. Cuad. 1, pág. 165.

<sup>7</sup> *Ibid.* pág. 168.

al hálito vivificante de esta antigua concepción oriental, que los tres asociaron románticamente al tema del amor.

La intención de Elena Petrovna Blavatsky no fue por cierto establecer una vinculación erudita entre las enseñanzas de Buddha y la mística de los teólogos alemanes, ni usarlas como fuente de fecunda inspiración poética. Lejos de ello, pretendió convertir una filosofía arcana en un saber oculto; atribuir sentidos misteriosos a un conocimiento diáfano; propagar en forma enigmática ideas recogidas en fuentes remotas. El éxito coronó sus afanes y le concedió el dudoso honor de haber sido la primera sacerdotisa que señaló el camino a los innumerables “maestros”, “swamis” y “gurúes”, fundadores de los más diversos centros de “estudios esotéricos” que funcionan hasta hoy en los Estados Unidos y tienen filiales en muchísimos países. Ahora bien: cuando la ambición es halagada por el éxito, pocas veces reconoce límites, y Blavatsky llegó al extremo de informar al público, ávido de enterarse de los enigmas de otros mundos, que tenía el don de leer extraordinarios mensajes escritos en idiomas desconocidos en nuestro planeta, y que ella era la única que dominaba. Testimonio tan fantástico la consagra como auténtica precursora de la literatura de ciencia-ficción que goza de tal favor en nuestros días. La teósofa sostuvo, entre otras cosas, que nadie podía penetrar el verdadero origen de su obra *Isis Develada*<sup>8</sup> porque se había inspirado en un misterioso *Libro de Dzyan*, presuntamente antiquísimo, escrito en una lengua ignorada por todos los hombres. Sin embargo el eminente investigador de la sabiduría judía Gershom Scholem, refutó estas presuntuosas declaraciones, demostrando que la obra en cuestión utilizaba, en realidad, citas manejadas muy libremente de un libro escrito en latín y titulado *Sifre Di-Tseniutha*, que databa del siglo XVII<sup>9</sup>.

Por lo demás, y para conferir a su enseñanza el mismo prestigio de misterio, la prolífica autora de unas 3500 páginas de saber esotérico afirmó haberlo adquirido en “las escuelas secretas del Tibet”, que en parte funcionan en igualmente “secretas ciudades subterráneas”.

<sup>8</sup> Helena Petrovna Blavatsky. *Isis Unveiled*. Pasadena, Theosophical University Press. 1972. T. I. págs. 285 y sig.

<sup>9</sup> Gershom Scholem. *Major Trends in Jewish Mysticism*. Nueva York. Ed. Schocken Books. 1961. pág. 398.

En una época como la nuestra, que sólo admite creaciones e innovaciones avaladas por pruebas inobjetables y una documentación fidedigna de las fuentes, las enseñanzas de Blavatsky entran, por fuerza, en el campo de la literatura fantástica. No menos fantásticos son sus "conocimientos secretos", algunos de los cuales dejarían estupefacto a cualquier antropólogo moderno, como el que se refiere a los orígenes de la humanidad, que sitúa en las Regiones Hiperbóreas, la Lemuria y la Atlántida, lugares donde, según asegura categóricamente, todavía sobreviven ciertos "seres subhumanos"<sup>10</sup>. Por último, para que nada falte en esta peregrina y novedosa mixtura, Annie Besant, fiel adepta de Blavatsky, descubrió en la India a un joven a quien presentó como la encarnación conjunta de Cristo y de Buddha, el luego famoso Krishnamurti, precursor de todos los nuevos mesías, dueños de la suprema verdad, que actualmente pueblan los dilatados ámbitos del ocultismo.

Así como Jung promovió, sin proponérselo, las psicoterapias basadas en una mezcolanza de mitologías, de mística y de orientalismo, un investigador tan serio como William James inició, sin duda involuntariamente, la moda de probar, por vías empíricas, los beneficios de las prácticas religiosas. De ahí a controlar mediante electrocardiogramas y encefalogramas los efectos positivos del yoga no había más que un paso, y lo ensayó Thérèse Brosse en 1935. Esta sólo fue la iniciación de la interminable serie de experiencias tendientes a objetivar, cuantificar y reducir a leyes todos los fenómenos fisiológicos y psíquicos observados en el curso de la meditación, los estados de trance hipnóticos, los sueños, las acupunturas, etcétera. Vanos intentos que olvidan la sabia verdad expresada por Heidegger: "La impertinencia del cálculo destruye al ser".

En relación con este asunto mencionaremos, por lo que tiene de característico, la teoría expuesta por Robert Ornstein como *Split-Brain Research*, que pretendió localizar en el hemisferio derecho del cerebro, al que simplemente denominó "platónico", el pensamiento religioso, místico, y las percepciones estéticas; y reservó el hemisferio izquierdo, al que llamó "aristotélico", para el pensamiento dicursivo, la razón y la lógica. Claro está que, según concluía el autor muy sagazmente, nuestra cultura ha desarrollado al máximo las funciones de este último hemisferio, a

<sup>10</sup> Blavatsky. *Op. cit.*, T. II, pág. 420 y sig.

diferencia de lo ocurrido en el mundo oriental, donde predomina la evolución del hemisferio platónico. Aunque esta teoría está en abierta contradicción con los hallazgos de la ciencia actual sobre localizaciones cerebrales, fue promovida por *Scientific American* (1964) y por *Psychology Today* (1973), y por lo demás su obra *The Psychology of Consciousness*, que data de 1972, respondió tanto al gusto del gran público, que se constituyó en un *best seller*<sup>11</sup>.

Seguramente J. B. Rhine procedió con intención honesta cuando, en 1932, fundó en la Universidad de Duke un laboratorio para el estudio de los fenómenos parapsicológicos que, fielmente clasificados y registrados en estadísticas, pretendieron encuadrarse dentro de la mayor seriedad científica. Por desgracia esos fenómenos, clasificados como paranormales, transpersonales, extrasensoriales, etc., que ocurrían en niveles desconocidos de la conciencia, se asociaron andando el tiempo al mencionado *Split-Brain*, a curas milagrosas, levitaciones, hipnosis y, sobre todo, a la voluntad, manifiesta o disimulada, de descubrir fuerzas ocultas, capaces de otorgar a quien se apropiara de ellas un poder sobrenatural. Los experimentos de Uri Geller fueron los que en cierto modo desbarataron las rectas intenciones de la parapsicología. Andrija Puharich, su empresario, declaró que el taumaturgo era el único representante de la mente cósmica que tenía bajo sus órdenes a los OVNIS<sup>12</sup>.

Los fenómenos parapsicológicos se pusieron de moda: Timothy Leary enviaba "teletipos galácticos", mensajes que decía recibir de otros planetas, en los cuales se le encomendaba influir sobre la humanidad para que escapara de nuestra maldita tierra hacia mundos desconocidos; Wilhelm Reich, el célebre discípulo de Freud, llegó a proclamarse "el primer ingeniero de Organomía Cómica", porque había inventado ciertos aparatos con los cuales recogía las energías cósmicas y las almacenaba cuidadosamente en unas cajas, hasta que alguien las necesitaba para curar cualquier enfermedad, inclusive el cáncer. Pese a que Reich, víctima de paranoia, acabó sus días recluido en una prisión y fue abandonado

<sup>11</sup> Citado por Theodore Roszak. *Op. cit.* pág. 53.

<sup>12</sup> Andrija Puharich. *A journal of the Mystery of Uri Geller*. Nueva York, Ed. Doubleday Anchor Press. 1974.

por los numerosos alumnos que habían acudido a él de todas partes del mundo, no faltaron algunos aprovechados autores que salieron en su defensa, rescataron del olvido las energías cósmicas y fabricaron nuevas cajas orgonómicas que tuvieron fácil venta.

Fue así como lo absurdo se combinó con lo grotesco; la brujería se alió a la ciencia; la magia se confundió con la mística; la literatura ocultista barata se emparentó con la ciencia ficción y con la parapsicología y hasta algunos sectores de la psiquiatría con el espiritismo. (Elwood Worcester, Carl Wickland y Wilson van Dusen son médicos estadounidenses que, en la clínica Médocino, combinan la psiquiatría con el espiritismo. La hipótesis de que se valen en sus curas es la siguiente: muchos muertos no se pueden convencer de haber fallecido y habiéndose interesado en vida, sólo de su bienestar material quieren seguir satisfaciéndolo y para lograrlo se apoderan de la mente de un hombre vivo. Es suficiente que el medium "vea" el espíritu maligno y converse con él, persuadiéndolo de que está realmente muerto y le conviene iniciar en el "otro mundo" una verdadera evolución espiritual, para que el espíritu se aleje y el enfermo cure. Offene Tore año 21. Junio 1977. Zurich. Ed. Swedenborg. pgs. 74 a 100.)

Hoy existen en los Estados Unidos seis centros donde se enseñan y practican nuevas concepciones judeocristianas (la secta de *Jesus Freak*, la *Jewish Counterculture*, la *House of Love and Prayer*, etc.); once grupos dedicados a estudios esotéricos (teosofía, cábala, astrología, historias ocultas, magia, etc.); nueve centros de investigaciones religiosas orientales (budismo, zen, tantrismo, yoga, sufismo, I Ching, etc.); trece psicoterapias fundadas en "concepciones místicas" (la psiquiatría de Jung, la dinámica mental, la psicosíntesis, la logoterapia, etc.); treinta centros de terapias psicosomáticas (yoga asana, lectura del aura, astrología médica, hipnoterapia, artes marciales, etc.); veintún centros de investigaciones paracientíficas (Brain-Spliting, ciencia mórfica, física visionaria, investigaciones parapsicológicas, etc.); diez grupos neo-espíritistas y ocultistas (la Iglesia del Hombre Divino, la piramidología, la Familia Universal Unida, etc.). Si a todo esto sumamos veinte gurúes con sus respectivas sectas, como las de Maharishi Mahesh Yogi, fundador de la Meditación Trascendental, y la de Maharj-ji, jefe espiritual de la Misión de la Divina Luz, no habremos mencionado sino una pequeña parte de los ciento veintiséis

grupos y subgrupos que se pretenden dueños de la verdad absoluta, y capaces de salvar al hombre<sup>13</sup>.

Se sobreentiende que una literatura en la que se mezclan verdades ocultas con inspiraciones misticoides, por fuerza ha de perturbar y desconcertar al público lector que, por ser lego en la materia, confunde fácilmente una honrada contribución al saber místico o esotérico, con lo que no pasa de ser fraude y superchería, sobre todo cuando este último engendro se le presenta con un gran despliegue promocional y apoyado por "Shows" que se renuevan año tras año.

Ilustraremos con una apretada síntesis el reencuentro periódico de swamis, gurúes, terapeutas y miembros de grupos "ocultos" y "religiosos", que se realiza en San Francisco y constituyen un espectáculo alucinante de brujería moderna y juegos pirotécnicos de magia. Por la módica suma de cinco dólares, se invita al público a reuniones que duran catorce horas, en cuyo transcurso puede asistir a paneles, danzas y rituales; escuchar "música mística"; absorber "vibraciones cósmicas"; consumir comida macrobiótica, y presenciar las más variadas experiencias: desde aikido, fotografías kírlian, psicosíntesis, holografía, bio-ritmos y masajes hasta *Biofeedback*, *polarity-therapy*, Gestalt, Mantras, Astrología, etc. También se exhiben cartas de Tarot, varillas mágicas, películas de Maharaj Ji; se practica acupuntura, lectura de vidas pasadas, meditación caótica, parapsicología destinada a ejecutivos, purificación del Karma, etc.

Un catálogo que tenemos en la mano, *Quaesitor*, demuestra que en Inglaterra los magos no se quedan a la zaga<sup>15</sup>. En la imposibilidad de nombrarlos a todos, seleccionaremos unos cuantos promisorios anuncios que encabezan la propaganda de sus respectivos grupos.

Margaret Gilroy declara: "Digo a mi alma 'estate tranquila'..." Y continúa: "Es como decir *stop...* y tratar de ponerse en contacto con una conciencia más elevada que la habitual. Aplicaré mis experiencias de masajes, *Feldenkrais* (?), poesía, rituales, psicosíntesis,

<sup>13</sup> Roszak. *Op. cit.* Breve Resumen de págs. 26 a 29.

<sup>14</sup> *Ibid.* págs. 32 a 33.

<sup>15</sup> *Quaesitor*. Winter Programme. 1974/75. 187 Walm Lane. Londres. N.W. 2.

música... y silencio." Todo esto por 14,90 libras. Eileen Walkenstein, por el mismo precio, cala en mayores honduras filosóficas: "Debemos conocer nuestra máscara —predica— quizá para desprendernos de ella, adoptar una nueva o atrevernos a prescindir de cualquiera. Pero ¿es posible no tener máscara y sin embargo ser?" Supera la gravedad de este interrogante otro anuncio, que promete al futuro creyente transportarlo a las más elevadas trascendencias. "Al cabo de cinco años de intensas iluminaciones y estudios de la Cábala y sus silogismos", Jeff Lore asegura haber hallado el método que denomina "Tu naturaleza", y que ofrece por el precio mínimo de 50 peniques, a pesar de su insuperable alcance místico.

George Bach responde mejor a las exigencias de la vida práctica con su sistema "Entrenamiento de lucha leal", que opera con pareja eficiencia en las más diversas áreas. Así por ejemplo, recomienda "el empleo de la agresión a fin de lograr la plenitud sexual, la lucha exitosa entre el jefe y los empleados, la lucha honesta en el matrimonio y el divorcio..." etc. Los títulos de Bach registrados en el catálogo, actúan como poderosos elementos de convicción para cualquier escéptico: es Doctor en Filosofía, fundador y director del grupo psicoterapéutico de 1953, miembro de la Asociación Psicológica Americana, presidente de la Academia Americana de Psicoterapia, y autor de diversos volúmenes de su especialidad. Por lo insólito de estos antecedentes, y porque Bach se precia, además de haber sido alumno de Kurt Lewin, cuyas intuiciones geniales están por encima de toda duda, cabe preguntarse si algunos psicólogos no están perdiendo el decoro y la seriedad que legítimamente pueden exigirse de todo científico y, lo que es aún peor, si no están desorientando a la opinión pública, por el simple hecho de mezclar sus jactanciosos anuncios con los alardes de videntes baratos, misioneros autodeificados y predicadores de nuevas religiones. Al margen del valor científico que pueda tener la psicoterapia de Bach o el análisis estructural de los alumnos de Perls que también pregonan sus beneficios en el *Quaesitor*, la mera publicación de sus nombres en semejante catálogo constituye una prueba de escasa probidad intelectual.

Hay que recordar además, con todo el énfasis que el asunto reclama, que no se puede jugar con fuego impunemente; por algo la palabra *diablo* proviene de *diabolos* que en griego significa *mezclar* o "confundir"; dicho en otros términos, "perturbar el orden natural", esto es, la armonía que Dios, en forma difusa o manifiesta, ha impuesto a todas las cosas.

*Demon deus inversus est*, y una psicología que explota o adultera su temática, sea con fines comerciales, sea, por inercia, así como un orientalismo ilegítimo y falseado, pueden caer en las manos irresponsables de ciertas personas dotadas de poderes carismáticos, y conducir a los efectos catastróficos que conocemos. Los crueles asesinatos cometidos por el grupo de Mason, la tragedia de Patricia Hearst y, más recientemente, el holocausto de casi un millar de vidas humanas en Jonestown, son ejemplos elocuentes.

Por otra parte, aunque fuera posible obtener fuerzas y poderes sobrenaturales, ya recogiendo energías cósmicas, ya mediante fórmulas secretas o mensajes interplanetarios, no interesaría este logro al verdadero místico, que nada ambiciona para sí, y en último término apenas adjudica valor alguno al milagro. Con razón y verdad pudo afirmar San Francisco de Sales: “Yo necesito poco, y ese poco lo necesito muy poco”<sup>16</sup>.

No resulta demasiado difícil distinguir lo verdadero de lo falso, lo auténtico y genuino de su caricatura o falsificación. El que realmente sabe de las cosas eternas es modesto, humilde, desinteresado y sereno. Su pensamiento refleja con docilidad y dulzura lo que las cosas de este mundo en realidad son y valen; sin gestos teatrales ni expresiones grandilocuentes practica la caridad y lleva la paz y el amor a los otros; se ocupa del prójimo y de sus tribulaciones, pero *no se preocupa* porque, como dice San Juan de la Cruz, “siempre es vano perturarse, pues nunca sirve de provecho alguno...” El error, según el santo, es propio “de quienes son víctimas de su vanidad, soberbia y vanagloria”, los que se jactan de su sabiduría, “lo cual es el *tañer de la trompeta* que hacen los vanos, que por eso no harán de sus obras galardón de Dios”<sup>17</sup>.

Pocos tienen el privilegio de desasirse de todas las cosas y descender a su propio fondo, región depurada donde celebran su encuentro con Dios. Nada se regala al hombre en el arduo *itinerarium mentis in Deum*. Todo tiene que hacerlo por sí solo, penosamente, en silencio y soledad. Los padecimientos de Cristo están presentes en la desesperanza, los dolores y la nostalgia de Dios, que adquie-

<sup>16</sup> Citado por Aldous Huxley en *La philosophie Eternelle*. Paris. Ed. Plon. S. F. pág. 125.

<sup>17</sup> *Vida y obra de San Juan de la Cruz*. Madrid. Ed. Biblioteca. De Autores Cristianos. MCMLXIV. L. L. 3; 28, 5

ren particular intensidad en San Juan de la Cruz, cuando “se tiene por inútil”, “le parece vivir de balde” y se siente morir.

Por cierto que la fuerza de la fe no es igual en todos los hombres. Los diferentes grados que menciona San Juan pueden cotejarse con la creencia shi-íta según la cual los hombres, en una pre-eternidad, juraron cumplir un pacto concertado con Dios. Si bien todos aceptaron el pacto, el grado de fidelidad en su cumplimiento fue en cada caso distinto, lo que marca de un modo “pre-existencial” el destino de cada uno. Sólo aquellos que en su vida y en su espíritu reflejan la adhesión incondicional a ese primer acuerdo con Dios, los de alma pura e inmaculada, tal como ha sido recibida de El, los que son su imagen perfecta, los mensajeros de la Luz, los arcángeles, los imámes, fieles todos a su naturaleza prístina, forman la Caballería Espiritual.

Según la interpretación de Corbin, a quien debemos estas referencias, la Caballería Espiritual está constituida por *un grupo compacto, solidario y coherente* de seres privilegiados, que sólo en virtud de esta íntima cohesión pueden fraguar las fuerzas para combatir al Otro, al Señor de las Tinieblas, y modelar un mundo según las preferencias y la voluntad del Señor<sup>18</sup>.

Atenidos a nuestro propósito inicial de trazar un claro deslinde entre los demagogos místicos, empresarios de la alteración y asiduos concurrentes al Show de los magos, por un lado, y los auténticos maestros y eruditos, por el otro, anadiremos aún algunas consideraciones. Los primeros atraen a su crédula clientela, ofreciendo develarles todos los enigmas y darles el poder de gobernar por medio de “la mente” todo el universo, y con tales promesas obtienen pingües ganancias, que les permiten vivir con la suntuosidad de los antiguos soberanos de la India. Los segundos, en cambio, no se limitan a resbalar sobre la superficie de arcanas Es-crituras, leyendas y mitos, sea cual fuere su origen esotérico; por el contrario, bucean en su significado a fin de descubrir su sentido, y a esta búsqueda suman sus aportes personales. Justo es reconocer que aún quedan en la India algunos nobles representantes y herederos de tan elevada tradición.

¿Quién podría poner en duda la sabiduría de un Aurobindo, a quien un erudito de la talla de Ernst Benz dedica centenares de

<sup>18</sup> Henry Corbin. *En Islam iranien*. París. Ed. Gallimard. 1971-1972. T. IV. Capítulo “Le Douzième Imâm et la Chevalerie Spirituelle”.

páginas llenas de respeto y admiración? ¿Quién no aprecia la trayectoria mística de Sri Ramana Maharshi, que inspiró a Heinrich Zimmer uno de sus más bellos libros? Y de seguro existen innúmeros psicoterapeutas que, alejados del show de los magos, poseen no solo oficio sino también el amor siempre necesario como para establecer una auténtica comunicación con el enfermo, sin la cual, según afirma A.D. Laing, no hay cura posible.

Falta decir algo acerca de los investigadores de las religiones. Bajo el rótulo “Neoprinimitivismo y Paganismo”, el historiador Theodore Roszak menciona los nombres de Mircea Eliade, Jung y J. Cambell, “Brujerías y Chamanismo”, “Primitivismo como estilo de vida”, etc. Claro está que el antedicho rótulo, por añadidura incluido en un esquema general en el que figuran todos los tau-maturgos, magos y fundadores de religiones que abundan en los Estados Unidos, induce a grave confusión. El hecho de penetrar en los arcanos metafísicos de Oriente, o en el misterioso saber de los chamanes, no acredita en modo alguno adhesión al paganismo o a la brujería.

Max Müller solía decir: “El que conoce una sola religión no conoce ninguna”. Las creencias personales del investigador teósofo —y tomamos esta palabra en su sentido clásico— responden a su íntima vocación que puede tener o no vinculación con su temática específica. Altamente esclarecedoras resultan, a este respecto, las siguientes consideraciones del distinguido filósofo español Pedro Gómez Bosque, quien dice, refiriéndose a los arquetipos universales, que todos “tienen el mismo valor axiológico en sí, pero sólo uno de ellos es el que *se me ofrece a mí* (y naturalmente a otras muchas personas) como *auténtica posibilidad mía*. Dicho más en concreto y utilizando un ejemplo tomado de la vida religiosa, para este modo de pensar el Cristianismo y el Budismo son formas universales de conducta humana, con las que el hombre se liga a la trascendencia. Ambos ‘caminos’ son del mismo rango axiológico considerados en abstracto, pero sólo uno de los dos es ‘mi camino’; es decir, mi actitud religiosa quedará plena de eficacia y cobrará calidades de autenticidad, sólo y únicamente siguiendo uno de ellos...”<sup>19</sup>

Aunque concordamos plenamente con el pensamiento de Gó-

<sup>19</sup> Pedro Gómez Bosque. “La estructura de la libertad personal”. *Humboldt* 15. Hamburgo. Ed. Übersee. II pág. 16

mez Bosque, es innegable que existe en nosotros un “potencial” que siempre y en cada caso está dispuesto a tender hacia el “Absoluto”, y gracias a ese potencial un teólogo protestante, Rudolf Otto, alcanzó la gran visión de lo divino durante la tres veces sagrada ceremonia de Isaías, en una miserable sinagoga de Túnez. El punto culminante en los ritos religiosos de los bushmen, una de las tribus más antiguas de la humanidad, consiste en revivir el inicio mismo de la creación. Pues bien, Van der Post, que presenció la ceremonia, asegura que nunca se sintió tan cerca de Dios como en ese instante.

Advierte Max Müller que el investigador nunca debe limitarse a describir la superficie exterior de la temática religiosa, sino que debe ahondarla hasta llegar a su núcleo mismo, y que por lo demás ha de evitar la construcción de estructuras fijas y toda suerte de clasificaciones que, al encerrarla en esquemas rígidos, le impedirían llegar al *eidos*, a la esencia. En suma, el estudioso debe aceptar la recomendación de la Biblia: “Quítate los zapatos de los pies, porque el lugar donde estás tierra santa es”. (Ex. 4, 5).

Sin embargo somos animales clasificadores, como nos definió agudamente Ortega y Gasset, y el afán de delimitar el saber místico, acotándolo en especies, clases, variedades y familias, como se haría con una extraña rama de la ciencia de la naturaleza, ha podido más que el prudente consejo de Müller. Ni siquiera teólogos de la talla de un Rudolf Otto o de un Friedrich Heiler han sido capaces de resistir a esta tentación taxonómica. Otto, por ejemplo, distingue místicas frías (Sankara); eróticas (Plotino y San Juan de la Cruz); cálidas (persas y sufíes) y ardientes (All hallaj).<sup>20</sup> Heiler habla de místicas visionarias (San Francisco de Asís, Sta. Teresa, Sufíes); místicas regulares (?) (San Agustín, Sto. Tomás de Aquino); ingenuas (nuevamente cita a San Francisco de Asís); intelectuales y metafísicas (San Agustín); impersonales (Eckhart, etc.).<sup>21</sup>

Basta este conciso ejemplo para ilustrar las fatigosas e interminables clasificaciones, por añadidura estériles, ya que nada explican, y cuentan más con el principio autoritario del *magister dixit*,

<sup>20</sup> Rudolf Otto. *Westöstliche Mystik*. 2a. ed. Ed. Leopold Klotz pág. 210 a 215

<sup>21</sup> Friedrich Heiler. *Erscheinungsformen und Wesen der Religion*. Stuttgart. Ed. Kohlhammer. 1961. págs. 44 a 48.

que con la fina intuición necesaria para penetrar en materia tan sutil. Los grandes místicos han sido, sin excepción, maestros del lenguaje, creadores de nuevos conceptos metafísicos, y también *eróticos*, si este atributo transparenta, de uno u otro modo, el amor a Dios.

Harta razón tuvo Ernst Benz para sostener que los conceptos de libertad, angustia, derelicción, hastío y elección, que dificultosamente elabora nuestra filosofía actual, fueron alguna vez auténticas experiencias místicas. No en vano se siguen rastreando los hallazgos metafísicos, fenomenológicos y estéticos de Santo Tomás de Aquino; por algo Boehme fue el admirado precursor del romanticismo alemán, y Swedenborg el inspirador de Schelling y Lavater. El conocimiento inmediato de Dios convierte al hombre en receptor de su sabiduría, que se brinda siempre en un acto de amor.

Además de la propensión a clasificar las místicas, hay una extraña tendencia a colocar todas las teologías apofáticas bajo un denominador común, si bien estableciendo entre ellas cierto orden de méritos, de acuerdo con las preferencias personales. Parece oportuno recordar aquí que durante siete siglos se ha discutido la teología de Eckhart. Un autor tan prestigioso como Denifle, le niega toda originalidad, y la juzga un mero calco de la teología de Santo Tomás.<sup>22</sup> Por su parte Fahrner, después de largas disquisiciones; y a través de una copiosa argumentación, concluye que Denifle falsificó a Eckhart con procedimientos engañosos.<sup>23</sup> En cuanto a Preger, declara sin ningún empacho que "el alma alemana responde en grado tan superlativo a la teología mística, que ésta se transforma en una verdadera teología alemana: ni antes ni después hubo otra".<sup>24</sup>

Cabría esperar del siglo XX una comprensión más justa y razonable del saber esotérico; pero lo que encontramos más a menudo son eximios filósofos y teólogos que lo menosprecian como aberrante, supersticioso o baladí. "El místico huye como el suicida

<sup>22</sup> Citado por Ingeberg Degenhardt. *Studium zum Wandel des Eckhartbildes*. Leiden Ed. Brill. 1967. pág. 35.

<sup>23</sup> Rudolf Fahrner. *Wertsinn und Wortschöpfung bei Meister Eckhart*. Marburgo. a/L. Ed. Elwer 1929. pág. 10.

<sup>24</sup> Wilhelm Preger. *Geschichte der deutschen Mystik im Mittelalter*. Ed. Dörffling 1874. T. I. pág. 89.

hacia la noche", asegura Jaspers. En realidad tampoco hay "una experiencia de Dios" si hemos de creer a lo que dice Zubiri<sup>25</sup>. Hijos de este siglo son asimismo los últimos iconoclastas, para quienes las más elevadas Enseñanzas no pasan de ser leyendas perimidas que no resisten un serio análisis historiográfico ni las pruebas siempre irrefutables de las ciencias de la naturaleza. Así Bultmann y su escuela, Küng y sus adeptos, que yuxtaponen razonamientos antagónicos, confunden planos y, para acabar de embrollar al desprevenido lector, emplean el modo de enunciación que los escolásticos llamaban *tollendo ponens*, esto es, formulan una afirmación y se retractan de ella inmediatamente. No cabe duda de que sus libros grandilocuentes, muy promocionados y ruidosamente debatidos los emparentan con la gran familia de los magos y los psicólogos que se anuncian en *Quaesitor*.

Empero frente a los que viven ciegos y sordos a las Postreras Preguntas, están otros eruditos dotados de las virtudes cardinales que requiere este tipo de indagaciones: sensibilidad mística, criterio objetivo y entrañable amor a la verdad. Y estos avanzan con paso firme a recoger los mensajes de las cuestiones últimas. Así lo entendió ya San Agustín cuando dijo: "*Res tantum cognoscitur, quantum diligitur*".

Bueno será remitirnos ahora a Max Picard. "En el mundo del Excedente —dice— no existe la profesión del terapeuta. El Excedente mismo es el que cura. La influencia de los psicólogos va en aumento, pero esto no es culpa suya. El hombre privado del Excedente se encuentra desvalido, con su intimidad al descubierto. Esta intimidad hipersensibilizada, trata de ascender a la superficie, con la esperanza de ser vista y recogida por el psicoanalista. Sin la protección del Excedente, pueden extraerse de la psiquis muchas cosas que la psicología profunda registra. Las cosas que registra son exactas, pero sólo con respecto al hombre privado de Excedente, no a todo hombre. La psicología profunda es la ciencia que se ocupa del fondo íntimo del hombre privado de Excedente"<sup>26</sup>.

No podemos seguir eludiendo el acucioso interrogante: ¿cómo puede cultivarse ese Excedente que Picard considera nuestro Angel

<sup>25</sup> Xavier Zubiri. *Naturaleza, Historia, Dios*. 6ta. Ed. Madrid Ed. Nacional. 1974. pág. 378.

<sup>26</sup> Max Picard. "¿Dónde está hoy el hombre?" *Humboldt*. 15 pág. 9.

de la Guarda, el poder que nos protege a la vez que nos fundamenta en la tierra, la constelación que se cierne sobre nosotros acercándonos a Dios, el supremo y absoluto Excedente? La pregunta es tanto más apremiante por cuanto las civilizaciones nacen por acción y en virtud de los factores metafísicos y religiosos, y mueren cuando estos factores ya no pueden nutrirlas y consolidarlas.

La medida alarmante en que ha aumentado el agnosticismo en nuestro siglo, se debe a la falta del contrapeso que asegura la solidez y la firmeza del centro. El hombre se ha ido quedando sin apoyo, y la tierra misma que pisa se mueve bajo sus pies. Algunos de los cambios que determinaron su inseguridad actual son tan lejanos, que hasta se han borrado de la memoria de la historia. La evolución del hombre cazador y nómada, al hombre agricultor y ganadero, debió acarrear un sinnúmero de crisis decisivas: la convivencia tribal fue sustituida por el régimen familiar; las poblaciones aumentaron; las propiedades comenzaron a dividirse; surgieron nuevos derechos y obligaciones; se perfilaron nuevas responsabilidades, libertades y riesgos. La conquista definitiva de la vida sedentaria puede condensarse en la denominación de "orden jurídico", orden que nuestros padres y abuelos todavía respetaban, porque satisfacía sus necesidades éticas y estaba de acuerdo con una firme tabla de valores que era el fundamento y el eje de su existencia misma.

Si la evolución de la vida nómada a la vida sedentaria duró milenios, la inventiva del hombre necesitó menos de un par de siglos para crear una técnica que lo lanzó a los espacios cósmicos, a la vez que desencadenaba las temibles fuerzas ocultas en las más ínfimas partículas de la materia. Hazañas tales hicieron de la técnica un nuevo dios que arrolló al hombre, disociando su vida: si por un lado lo hizo sentir más protegido en el aspecto práctico, por otro lo arrojó indefenso en un tremendo engranaje del que no puede evadirse; devasta la naturaleza, arrancándolo a su ritmo, y cobra un precio exorbitante por sus beneficios ya que, como el Mefisto de Fausto, ha comenzado a robarle al hombre su alma.

El hombre cazador vivía en un ámbito animal; el agricultor, en un ámbito vegetal; el hombre de hoy, esclavo de la técnica, vive en un ámbito de cosas que la técnica le proporciona, reduciendo más y más su contacto con la naturaleza mientras le hace creer que la domina. En este lamentable engaño cifra su orgullo el ser humano que, convencido de ser ahora el señor del universo, piensa que ya

no necesita de Dios. Sin embargo, por singular contraste, los imponentes progresos materiales no le han aportado la alegría del triunfo, sino temor, aturdimiento, incertidumbre, desasosiego y tristeza. A la luz de esta frustración cobran todo su trágico alcance las palabras de Nietzsche: "Dios ha muerto: Y somos nosotros quienes le hemos dado muerte: ¿Cómo nos consolaremos, nosotros, asesinos entre los asesinos?" El interrogante nos empuja a una situación límite: o bien cedemos al nihilismo y aceptamos con pasiva indiferencia que se quebrante la sagrada Tabla de la Ley, y se consume con ello la ruina definitiva de la humanidad, o bien buscamos la solución escudriñando el fondo de nuestra alma donde, al decir de San Juan de la Cruz, nos aguarda Dios, dispuesto siempre a escuchar nuestro llamado.

Reencontrarse con Dios puede ser para el hombre moderno reencontrarse consigo mismo y ponerse en paz con el universo. Urge intentarlo ya que, como reflexiona gravemente Hans Zbinden durante mucho tiempo dominó el mundo el *homo faber*, después le tocó el turno al *homo sapiens*, "ahora hace falta, de un modo más concreto que nunca, el *homo humanus et religiosus*; el hombre cuyos impulsos espirituales vuelvan a ser equivalentes al elevado conocimiento científico y técnico de nuestra época y que, protegido por la fe más profunda, se abandona a la corriente de energía de la eternidad; el *homo cosmicus* que, como en otro tiempo Dante, vuelva a convertirse en peregrino de las estrellas"<sup>27</sup>.

Superficial e ingenuo sería confiar en que estas empinadas aspiraciones puedan alcanzarse con bellos discursos o inteligentes teorías éticas. Una renovación tan radical sin duda debe empezar por el niño, porque su yo aún no se ha endurecido en el descreimiento ni empobrecido en la desesperanza. Se requiere toda su plasticidad espiritual, su docilidad para el milagro, sus ojos limpios. Los nuestros, enceguecidos de horror o turbios de lágrimas, han perdido a fuerza de ver sombras la facultad de percibir las maravillas que nos rodean por todas partes.

Corrobora estos pensamientos cierta conversación que mantuvimos años ha con la rectora de una escuela privada de Estocolmo, cuyo contenido queremos resumir a guisa de conclusión. Los alumnos que concurrían a su establecimiento, nos informó,

<sup>27</sup> Hans Zbinden. "La advertencia de la técnica". *Humboldt*. 8 págs. 15 a 16.

provenían de hogares donde se profesaban diferentes religiones, y hasta había algunos de familias agnósticas. Sin embargo la enseñanza que allí se impartía tenía una orientación netamente religiosa, encaminada a descubrir la mano divina que todo lo crea, organiza y mantiene con la más perfecta sabiduría. Así por ejemplo —prosiguió la educadora— no sólo le enseñamos al niño que el caracol pertenece al orden de los muluscinos gasterópodos; les demostramos también que Dios ha dado a este animalito indefenso el arte de construir su casa con una habilidad tan cabal, y una precisión geométrica tan admirable, que resiste el ataque de cualquier enemigo con sólo cerrar la puertecita de su habitáculo y retroceder, siguiendo la espiral, hasta el lugar más recóndito. Les informamos que ningún hombre de ciencia ha podido explicar cómo se comunican entre sí las termitas, ni cómo se las arreglan para ejecutar las órdenes de una reina a la que no ven nunca, pues permanece encerrada en una celda en medio de una fortaleza que todas han construido juntando granito por granito hasta hacerla inexpugnable. ¿Quién les ha enseñado a cultivar los hongos que les sirven de alimento, y a buscar, algunas veces a más de ocho metros de profundidad, las gotas de agua que necesitan para mantenerlos húmedos? ¿Y quién enseñó al pájaro a fabricar su nido como el artesano más diestro y dio a su cuerpecillo endeble la fuerza para girar y girar como un torno viviente, amasando briznas, plumas y terrones, hasta formar un hogar blando y tibio para su cría? La palabra instinto, con la que se pretende explicarlo todo, no es sino un disfraz que encubre lo inexplicable, lo que procede de una Inteligencia próvida, infinitamente superior a la nuestra. La misma Inteligencia que rige las mareas, los movimientos de los astros, el ciclo de las estaciones, el crecimiento de las plantas. ¿No es maravilloso que una minúscula semilla guarde en potencia un árbol gigantesco? sonrió finalmente la rectora. Pues de igual modo estimulamos a los pequeños a descubrir por sí mismos los milagros que ocurren continuamente a su alrededor, aún los que parecen más triviales, y a expresar lo que observan en un lenguaje cualitativamente rico. Por sus preguntas, nuestros maestros verifican si han sabido orientarlos de acuerdo con nuestros principios: desocultar tras los fenómenos visibles y habituales, lo inexplicable y asombroso. Creemos estar formando así el fundamento del hombre futuro, que honrará al Creador y amará su obra; que respetará la vida del prójimo como la más perfecta creación de Dios,

pues fue hecho a imagen suya; que cuidará de la naturaleza, en vez de saquearla; que dedicará sus ocios no a vanas y frívolas distracciones, sino al cultivo y al goce de sus aptitudes creativas, que lo acercan a Quien creó todas las cosas...

Después de todo, quizá este programa no sea tan utópico. Y hasta es posible que el hombre pueda aprender del niño, y rescatar la inocencia primera que al crecer fue dejando por el camino o sofocando en su interior. Quizá también para él haya salvación todavía. Porque todo retorno a la infancia es, en cierto modo, una fecunda peregrinación a las fuentes y tiene su misma virtud redentora.